



## ¿QUÉ ES EL IMAGINARIO SOCIAL?<sup>1</sup>

Por Esther Díaz

En Oriente, durante siglos, se consideró que uno de los principales atributos de la belleza femenina era tener pies chiquitos. Es por eso que a las niñas, desde muy pequeñas, se les vendaban los pies para impedir, en lo posible, que les crecieran.

En Occidente, en el siglo pasado, se pensaba que una mujer, para ser hermosa, debía estar “entrada en carnes”. Es por eso que las primeras divas del cine mudo, entre plumas y joyas, lucían abundantes kilos.

Actualmente, por el contrario, el ideal de belleza femenina es del orden de la delgadez. Como resultado de ello, las adolescentes enferman, y a veces mueren, en su afán de parecer etéreas. La anorexia y la bulimia son enfermedades estético-sociales.

Estos son algunos ejemplos de conductas regidas por diferentes imaginarios sociales, a partir de los cuales se producen los valores, las apreciaciones, los gustos, los ideales y las conductas de las personas que conforman una cultura. El imaginario, como la palabra lo indica, se relaciona con la imaginación, pero no es lo mismo.

La imaginación es una facultad psicológica individual que juega con las representaciones. Las recrea. Inventa otras realidades posibles (o imposibles). Es una actividad creatividad del espíritu individual. La imaginación es un cuestionamiento permanente de la realidad establecida. El imaginario, en cambio, no es la suma de todas las imaginaciones singulares. No es tampoco un producto acabado y pasivo. Por el contrario, es el efecto de una compleja red de relaciones entre discursos y prácticas sociales. El imaginario social interactúa con las individualidades. Se constituye a partir de las coincidencias valorativas de las personas. Pero también de las resistencias. Se manifiesta en lo simbólico (lenguaje y valores) y en el accionar concreto entre las personas (prácticas sociales).

No obstante, cuando el imaginario se libera de las individualidades, cobra forma propia. Y por una especie de astucia del dispositivo se convierte en un proceso sin sujeto. Adquiere independencia respecto de los sujetos. Tiene una dinámica propia. Se instala en las distintas instituciones que componen la sociedad. Actúa en todas las instancias sociales, puesto que todas esas instancias se producen en alguna institución.

Son instituciones las asociaciones de personas que, reunidas con una finalidad común, cuentan con infraestructura jurídica, edilicia y económica. Por ejemplo, la universidad o una empresa económica o un club deportivo. Son instituciones asimismo (o se producen en una instancia institucional) las relaciones entre, por lo menos, dos personas que comparten prácticas y discursos, aunque no tengan sedes perfectamente determinadas como la universidad, la empresa o el club.

---

<sup>1</sup> Díaz, Esther, ¿Qué es el imaginario social? en La ciencia y el imaginario social, Editorial Biblos, 1ª. Ed., Buenos Aires, 1996. Páginas 13-18.



## **Tecnicatura en Comunicación Pública y Política**

### **Matrices de pensamiento y paradigmas de la política pública**

La condición para la “institucionalidad” de una situación es que se persiga un objetivo común y, en función de ello, se comparta un lenguaje respecto de ese objetivo. Por ejemplo, dos personas en una situación amorosa, o dos amigos charlando en un café, o una persona diciéndole a un colectivo hasta dónde quiere viajar. En el primer caso, se trata de la institución “pareja humana”, en el segundo, de la institución “amistad” y en el tercero, de la institución “medios de transporte”.

El imaginario comienza a actuar como tal tan pronto como adquiere independencia de las voluntades individuales. Aunque, paradójicamente, necesita de ellas para materializarse. La gente, a partir de la valoración imaginaria colectiva, dispone de parámetros epocales para juzgar y para actuar. Pero los juicios y las actuaciones de la gente inciden también en el dispositivo imaginario, el cual, como contrapartida, funciona como idea regulativa de las conductas.

Las conductas, por supuesto, las realizan las personas, pero aspirando a ciertos ideales o modelos que se consideran dignos de ser seguidos. Esos paradigmas son las ideas que regulan la educación, las aspiraciones, las expectativas y los valores éticos, estéticos, económicos, políticos y religiosos de una comunidad. Pero todas esas categorías no salieron de la nada, sino que se gestaron en función del imaginario colectivo. Existe una interrelación entre valoraciones individuales y valoraciones colectivas.

Las ideas regulativas, como ideas que son, no existen en la realidad material. No obstante, existen en la imaginación individual y en el imaginario colectivo y producen materialidad, es decir, efectos en la realidad. Por ejemplo, en una sociedad como la nuestra, que valora lo tecnocientífico, una persona que se siente enferma recurre al médico (es decir, a un técnico). Su imaginario social le “marca” que ésa es la actitud adecuada. En cambio, si una persona es indígena y su imaginario le “marca” que en caso de enfermedad hay que consultar a un chamán, ésa será, posiblemente, la conducta que seguirá. En los dos ejemplos, se producirán acciones y resultados concretos. La materialidad del dispositivo imaginario reside en los efectos que logra sobre la realidad.

Si se retoma el ejemplo de la anorexia y la bulimia se llega a conclusiones similares. En una cultura cuyo imaginario de belleza femenina fuera las mujeres gorditas, las chicas comerían comidas sustanciosas. En cambio, en una cultura de la delgadez, como la actual, el imaginario provoca culpa ante la comida. Las personas persiguen una “delgadez fibrosa” a cualquier precio. Ahora bien, no se debe pensar tampoco que un imaginario suscita uniformidad de conductas. Señala más bien tendencias y refleja, casi como un espejo, las situaciones conflictivas. En una época de cambios profundos y violentos, como la nuestra, surgen acontecimientos que no están registrados todavía en la capacidad colectiva del juzgar. Esto, en el mejor de los casos, produce desconcierto y, en el peor, exclusión. Tal es el caso, por ejemplo, del (todavía embrionario) imaginario social del sujeto de sida.

#### **LA DIFERENCIA ENTRE EL YO Y EL SUJETO**



## Tecnicatura en Comunicación Pública y Política

### Matrices de pensamiento y paradigmas de la política pública

Un individuo social es una criatura humana que comparte un *sistema simbólico* con otros humanos. El sistema simbólico por excelencia es el *lenguaje articulado*. Esto es, un lenguaje formado por palabras significativas articuladas racionalmente. El ser humano es el único ser vivo que habla y que, además, puede *representarse* su propio lenguaje, es decir, puede reflexionar sobre él.

El lenguaje articulado es un elemento definitorio de lo humano. Por ejemplo, si un bebé es criado por animales y logra sobrevivir, deviene una especie de bestia que nunca se convertirá en ser humano. No puede desarrollar su capacidad racional. Ese ser nunca aprenderá a hablar. Tampoco a pararse sobre los miembros inferiores solamente. Pero esto último no sería lo determinante de su “animalidad” sino el no haberse integrado al sistema de la lengua que es, al mismo tiempo, un componente fundamental del imaginario social.

Cada individuo humano se reconoce a sí mismo como una entidad empírica y psicológica. Percibe esa entidad como una continuidad en el tiempo. Ve la foto del niño que fue y, aunque ahora luce distinto, sabe que sigue siendo él. Se reconoce a partir de su percepción interna, configura un “yo”. El yo es la constatación de la propia integridad. Pero nadie es autosuficiente para formar su propio yo. En esa conformación inciden el entorno, las otras personas y, fundamentalmente, el lenguaje. Sin embargo, las personas no son autómatas. Cada ser humano es libre y, en función de ello y de sus indeclinables disposiciones personales, se autoconforma, se produce, constituye su yo.

Ahora bien, el yo individual que cada uno de nosotros somos es asimismo un ente histórico (no solamente psicológico). Ser histórico significa estar “sujetado” a las prácticas sociales de su tiempo. Significa estar plegado al sistema de valores y supuestos de una tradición cultural. De modo tal que *el yo objetivado, esto es, proyectado a lo social, se convierte en sujeto*. Deviene una instancia subjetivo – social.

Sujeto, entonces, es el individuo humano en su dimensión social, en tanto está sujetado a las prácticas sociales y a los discursos de su época histórica. Cabe aclarar que “sujetado” no es sinónimo de “enajenado”. Estoy sujeta a las prácticas sociales – discursivas de mi época. De lo contrario ni siquiera me podría hacer entender mínimamente por quien, en este momento, me está leyendo. Pero soy libre de decidir mis acciones. Si bien mi libertad (como toda libertad) está acotada a ciertas delimitaciones sociales y biológicas. Por ejemplo, un adulto que nunca practicó danza es libre de comenzar a bailar, pero su edad biológica y lo que el gusto cultural actual exige para un cuerpo que danza difícilmente le permitirán llegar a ser una estrella del ballet.

Cada individuo se comprende además como un ser que se relaciona con otros seres y con su entorno. Si se imagina al individuo social como una moneda, se puede decir que el anverso es el yo y el reverso, el sujeto. El yo responde a lo individual y el sujeto a lo social. Pero ninguna de las dos fases de la moneda puede excluir a la otra. Por lo tanto, esa dualidad única que es el individuo yo-sujeto se instaura desde lo biológico, lo psicológico, lo espiritual y lo social.

El sujeto, entonces, es una instancia social encarnada en individuos, Si bien el sujeto de una época histórica no es la suma de sus individuos sino el imaginario social de lo que significa ser sujeto para esa



## Tecnicatura en Comunicación Pública y Política

### Matrices de pensamiento y paradigmas de la política pública

época determinada. De lo dicho no debe inferirse tampoco que existe un sujeto único y absoluto en cada época histórica. En realidad no existe un sujeto, sino *sujetos*. Pero esos sujetos comparten varias características comunes, comparten imaginario.

En una época de cambios acelerados, como la nuestra, los sujetos reestructuran sus características, se disuelven como sujetos (como los sujetos eran). “Se disuelven” no quiere decir que no hay más sujetos, sino que desaparecen los parámetros imaginarios (y por lo tanto sus consecuencias materiales) y aparecen otros sujetos. Es decir, otro imaginario para compartir.

Cabe aclarar que se suele decir “sujeto” en relación con dos referentes distintos: “sujeto”, como imaginario colectivo de lo que significa ser humano perteneciente a una cultura en una época determinada, y “sujeto”, como individuo social. Sin embargo, al transitar por el tema del sujeto (o de los sujetos), en alguna medida, se mezclan los conceptos. No queda demasiado claro dónde termina el sujeto imaginario y dónde empieza el sujeto individual.

### LA INCIDENCIA DE LOS DISCURSOS Y DE LAS PRÁCTICAS SOCIALES

El discurso, es decir, el fluir de proposiciones dotadas de sentido, circula por la sociedad. Cada grupo humano que se reúne con alguna finalidad comparte un discurso común (que no es lo mismo que compartir un idioma). Las reglas que disciplinan los discursos surgen de las funciones específicas de cada grupo. Los sujetos cambian de discurso cada vez que cambian de roles o de institución. El mismo sujeto sigue ciertas reglas discursivas según los casos. Dichas reglas difieren entre ellas según difieran las circunstancias. Por ejemplo, un hombre seguirá distintas reglas para organizar su discurso según se dirija a un público de científicos, a un amigo, o a sus empleados domésticos para solicitar que le sirvan un café.

La eficacia del discurso depende del éxito en conseguir los objetivos. Pero para alcanzar los objetivos los discursos deben estar avalados por las prácticas. En el ejemplo propuesto, los objetivos pueden ser, en primer lugar, lograr reconocimiento de la comunidad científica: en segundo, ser reconocido por un amigo y, por último, conseguir que le sirvan café. Si el científico del ejemplo solamente habla, pero no realiza ninguna actividad científica que dé cuenta de su discurso, pronto caerá en descrédito. Por otra parte, si no cuida la amistad, no será reconocido como amigo. Y finalmente, respecto del café, si nunca les paga el sueldo a sus empleados domésticos, pronto dejarán de servirle.

De la interrelación entre discursos y prácticas surgen valores, apreciaciones acerca de la realidad. Se delimitan así las ideas de bien y de mal, de lindo y de feo, de agradable y desagradable. Los individuos que componen una sociedad, es decir, los sujetos conocen el sistema social de valores. Cada existencia transcurre entre adhesiones y rechazos a ese sistema. Pero, en general, los valores se dan por supuestos sin analizarlos demasiado. He aquí, entre otras cosas, el origen de los pre-juicios.

Esos valores conocidos y, en general, compartidos entre los sujetos de una época histórica son un bagaje importante del imaginario colectivo. La operatividad del dispositivo imaginario reside en ser un



## Tecnicatura en Comunicación Pública y Política

### Matrices de pensamiento y paradigmas de la política pública

referente para chequear las diversas situaciones por las que atraviesa una vida humana. De modo tal que si alguien se entera, por ejemplo, que perdió a un ser querido, “sabe” lo que los demás esperan de él en tal circunstancia. Puede o no, observar la conducta esperada. Pero, en un caso o en el otro, “sabe” qué reacciones probables tendrán los demás. El imaginario social funciona como parámetro de las conductas, de las palabras y de las expectativas.

Además, cada época tiene cierta *disponibilidad* para lo que se puede hacer y decir sin alterar demasiado el dispositivo. Y también tiene sus exclusiones para quienes lo alteran demasiado. Esto se ve claramente en el surgimiento del discurso diabólico. En los comienzos de la modernidad, cuando se inició ese discurso, el mismo fue eficaz en la medida en que venía acompañado de ciertas prácticas. Quienes ejercían el poder exacerbaban el discurso diabólico y obtenían múltiples beneficios, por medio del simple trámite de acusar a ciertas personas de brujería. Podían así no sólo acrecentar sus bienes, apoderándose de los del acusado, sino también hacer que desaparecieran personas no gratas. Y podían, fundamentalmente, controlar a la población puesto que, en principio, cualquier persona se convertía en sospechosa por el solo hecho de ser acusada.

No obstante como el poder no se ejerce de manera piramidal, sino reticular, la población colabora en el dispositivo de la brujería. Algunos para poner al día sus rencores. Otros, para recibir algún beneficio inesperado (siempre era posible quedarse con la vaca o las gallinas de una vecina condenada). Y otros, finalmente, porque creían honestamente en lo diabólico y asumían los roles creados por el imaginario social convencidos de su autenticidad.